

## **Cuando el rescate de la ineficiencia se hace inevitable**

**Por**

**Jorge A. Sanguinety**

Hay algo que me preocupa mucho más que la actual crisis financiera, incluso si la misma se extiende a la economía como parece estar sucediendo. Y es que ciertas empresas y sus líderes incapaces tengan que ser salvados de los resultados de su incompetencia. Una de las leyes inexorables de la economía es que ninguna actividad que consuma más riqueza de la que crea puede sostenerse indefinidamente. Dicho principio es tan absolutamente poderoso que opera para cualquier forma de actividad económica, llámese capitalismo, socialismo, comunismo o feudalismo. Es la prueba definitiva de la eficiencia económica y vale tanto para una empresa como para una economía en su conjunto. Cuando una economía tiene muchas empresas eficientes, la misma prospera y ayuda a elevar el nivel de vida de sus ciudadanos. Y lo contrario es cierto. Cuando una economía no tiene suficientes empresas eficientes, la misma se estanca o se empobrece.

Una de las ventajas de las economías de mercados libres es que facilitan la desaparición de las empresas ineficientes mientras premian aquéllas que, sin tener privilegios especiales, logran cubrir sus gastos en un sistema que los economistas llaman de “equilibrio competitivo”. Sin embargo, aunque lo más importante es cubrir los gastos de los procesos productivos, también es deseable que el valor de lo que se produce sea algo mayor que el valor de los recursos utilizados en la producción, desde los salarios que se pagan hasta los materiales que se gastan en el proceso. En este punto es importante tener en cuenta que en una economía competitiva, los márgenes de ganancia tienden a ser relativamente modestos, los cuales pueden desaparecer rápidamente cuando se cometen errores o cuando las condiciones de producción o la demanda por el producto cambian.

Las grandes empresas automovilísticas localizadas en la ciudad de Detroit, especialmente Ford, General Motors y Chrysler, fueron muy prósperas en una época, mientras otras no sobrevivieron la competencia y desaparecieron. Las tres grandes dieron empleo bien remunerado a millones de trabajadores en todo el país por muchos años. Al mismo tiempo, su capacidad productiva sirvió para suministrar una gran cantidad de equipo militar necesario para la defensa de Estados Unidos. Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial, en la medida en que Japón, Alemania y otros países se recuperaban del conflicto, fueron desarrollando sus propias industrias automovilísticas y ofrecieron sus productos en los mercados de diversos países, incluyendo el de Estados Unidos. Tal competencia benefició mucho a los consumidores pues tuvieron una mayor variedad de diseños, calidades y precios con que expresar sus preferencias y satisfacer sus necesidades.

En algunos años, las empresas de Detroit comenzaron a sentir el rigor de una competencia que producía mejores autos, diseños más atractivos y precios más bajos.

Poco a poco los carros americanos fueron perdiendo terreno en su propio mercado, pues no conseguían producir a la par de sus competidores y los consumidores americanos y de otros países mostraron una mayor preferencia por los autos extranjeros. Muchos fueron los factores que contribuyeron a esta tendencia. Los ejecutivos de las empresas de Detroit no parecían dar pié con bola para producir diseños más atractivos y carros de mayor calidad. Mientras tanto perdieron competitividad de costos pues los contratos laborales negociados entre sus sindicatos de trabajadores y los gerentes respectivos aumentaron el costo de la mano de obra sin llegar a producir un auto mejor.

El resultado de todos estos años de incapacidad conjunta (accionistas, gerencia y trabajadores) de competir lo estamos viendo ahora cuando la crisis financiera por un lado y la económica que se aproxima por el otro, pone al descubierto la vulnerabilidad de las empresas de Detroit. Hoy las vemos humilladas (por ellas mismas) pidiendo una ayuda del contribuyente americano para evitar una catástrofe insólita, la desaparición de la industria emblemática norteamericana.

En estas condiciones, lo lógico en una economía que adopta la disciplina y el rigor del mercado para prosperar, no estancarse y retroceder es dejar que tales empresas se arruinen y desaparezcan y sean reemplazadas por otras nuevas y más eficientes. Pero, antes de dejar que esto ocurra hay que hacer dos consideraciones. La primera es que en las condiciones actuales la ruina absoluta de ambas empresas agravaría la crisis económica que parece avecinarse. La segunda consideración es de tipo estratégico, pues estas empresas representan una capacidad industrial necesaria para el mantenimiento del poderío defensivo del país.

Por estas razones concuerdo con los puntos de vista del profesor Paul Samuelson, premio Nobel de Economía y uno de los economistas más distinguidos e influyentes del Siglo XX. El recomienda tenderle una ayuda a estas tres empresas pero sólo después que las mismas se declaren en bancarrota (acogerse legalmente al conocido Capítulo 11) para que se re-organicen y tengan una oportunidad de sobrevivir.

Hay que advertir que tal ayuda es indeseable pero posiblemente inevitable. No es deseable porque se establece el precedente de que si una empresa o sector productivo deja de ser eficiente podría recurrir al gobierno para obtener una limosna presumiblemente salvadora. Y es inevitable por una consideración de seguridad nacional en el corto plazo. Pero de repetirse, dicha práctica acabaría con la prosperidad de todos en EEUU, accionistas, propietarios, gerentes y trabajadores. Tal economía no creció y se desarrolló con este tipo de práctica, ni con empresarios y trabajadores incapaces de competir exitosamente con otras empresas y países.

Madrid, 22 de noviembre de 2008.